

CARTA A LAS AMERICAS

*"Américas purísimas,
tierras que los océanos guardaron
intactas, purpúreas."*

Pablo Neruda.

Al tocar nuestra historia este punto de su devenir, es indispensable detenernos a reflexionar acerca de quienes somos y hacia donde vamos, en torno a los barros y raíces, a las aguas y a las piedras que nos han configurado y nos han dado la savia y el rostro que hoy nos definen; este rostro perdurable y cambiante con el que asistimos al instante actual y aspiramos enfrentar el porvenir.

Desde el fondo de las piedras y las selvas que cantan, en el origen de los tiempos, el sudor y el maíz nos dieron la piel originaria; con nuestro semblante de cacao y de caoba marchamos paso a paso tocando las verdades profundas: medimos el vuelo de los astros y aprendimos a conocer al alma de la tierra para despertar la vida, esa vida que florece y alimenta; escuchamos la música del cosmos y la apresamos y esculpimos el testimonio del asombro. Palpamos también los agrios vértigos del abismo: la soberbia de los penachos, el filo del pedernal y las manos y espaldas doblegadas y silentes.

Defendimos, en suma, el fuego de la vida y afrontamos el temor de las tinieblas cada día en la ruta del sol de nuestro cielo.

Otras voces nos poblaron: el aviso del mar fue la pólvora y con ella la rueda que nos llevó por el tiempo a un nuevo tiempo bajo el signo de la cruz. Fueron días de muerte y desgarramiento, de infortunios y despojos, de fusión dolorosa. Fundamos desde la angustia, la aflicción y el tormento, el espacio y la expresión de un nuevo ser.

Nuestro ser americano, diverso y generoso, se mira hombre por encima de sus barros primigénios; pero al mismo tiempo se sabe y se confiesa mazorca y trigo, porcelana y ébano. En la esperanza y la contienda de la libertad hallamos nuestra voz indudable. Comenzamos a nombrarnos y a nombrar lo nuestro con el acento criollo de Hidalgo, Morelos, Bolívar, Juárez y Martí. Amanecemos una patria tierna, una patria grande que corre del Bravo a la Tierra del Fuego y proyecta al tiempo una misma carga de dolor y sueños.

Nos quedó una casa común fundamental, despojada y rota, empobrecida; pero pese a todo habitada por hombres que comparten la palabra, la necesidad y la esperanza.

Los frutos de hambre y atraso que heredó nuestra América han querido ser enmendados con ideas acaso virtuosas, pero ciertamente ajenas a nuestra pasión oriunda, en muchos sentidos ecuménica y mestiza. Estamos en un momento crucial de nuestra historia: trascendemos juntos o nos hundimos cada cuál en su revés.

Fundirnos en las brasas de la idea sencilla de ser indivisibles es hoy algo más que un anhelo. Es la condición fundamental para desandar los días del sometimiento y el despojo; para trazar al fin el proyecto definitivo de nuestra libertad.

A los hombres de América, a los que sin importar el color de la piel, a fin de cuentas tienen las manos limpias: los convocamos a edificar una nueva realidad, una nueva América, nuestra América.

A todos estos hombres de buena voluntad, los llamamos hoy a proclamar sobre la base de estos principios, el estatuto del nuevo ser americano:

1. Seamos leales a nuestra cultura , con sus convergencias y diferencias.
2. Emprendamos juntos la aventura de construir la patria grande de todos los hombres libres de América.
3. Hagamos de la unidad, herramienta imprescindible para conquistar la justicia y la felicidad de nuestros pueblos.
4. Defendamos la integridad de nuestro ser, para asumir en plenitud nuestro papel en la historia.

Mérida de Yucatán. 12 de octubre de 1992.

Por la Comisión Redactora



Ariel Avilés Marin.

Carlos E. Bojórquez Urzaiz.



Rubén Reyes Ramirez